

el país necesita instancias como el festival de nuevas tendencias.

No soy especialista teatral. Mis palabras son de una persona que disfruta con el teatro. Hice teatro en la escuela pública, en el Liceo de un pueblo del sur, y en la Agrupación Cultural Universitaria, ACU. Comparto estas breves líneas desde la complicidad del espectador activo.

La experimentación y el cuestionamiento permanente de las formas y contenidos - que la mayoría de las veces son dimensiones indisolubles e inseparables -, creo que son elementos esenciales en el ámbito de la creación artística. Precisamente, es casi una constante en la historia humana que los cambios significativos ocurridos en distintas disciplinas, que por lo demás la traspasan e influyen en otras expresiones culturales, se producen por obras artísticas disruptivas con lo anterior y que contienen el germen de una nueva mirada, de un nuevo lenguaje, de una nueva forma para comunicar los viejos y recurrentes temas de nosotros los seres humanos. El teatro no escapa a este fenómeno. Más aún, estoy convencida que después de un largo periodo de opciones estéticas muy restringidas en este campo en nuestro país - sin duda marcadas por la urgencia ética y política de develar la realidad chilena en la dictadura - se ha instalado con mucha fuerza la necesidad de buscar nuevos caminos o retomar opciones escénicas más simbólicas o abstractas. Este proceso no sólo es explicable sino muy necesario para la vitalidad de esta manifestación artística.

A mi juicio, el Festival de Nuevas Tendencias Teatrales es, precisamente, un espacio que estimula y valida la experimentación artística. Con una concepción muy amplia del quehacer teatral, sin prejuicios estéticos, ofrece un escenario privilegiado a compañías y propuestas innovadoras, cuestionadoras e irreverentes. Por este sólo

hecho, el Festival se ha constituido en un referente en el proceso de reflexión, creación y producción teatral de nuestro país.

Sin embargo, no es menos cierto que se puede apreciar que obras presentadas en él manifiestan una búsqueda más por la forma que por el contenido. A mi juicio, en

general las obras carecen de una estructura dramática. Con ello no estoy indicando que deban poner en escena textos tradicionales, ni menos aún sólo la dramaturgia que podríamos denominar realista. No. Lo que se evidencia es la ausencia de una estructura narrativa. Creo que esta ausencia no es válido justificarla en la opción de que el actor y el trabajo actoral sean el eje de la obra; pues aún en esos casos - opción que me ha pa-

recido notable en muchas ocasiones - siempre deberá haber una temática que estructure la puesta en escena. Esta reflexión última me parece pertinente si entendemos que el arte busca comunicarse con el otro, con el espectador, conmoverlo, trastocarlo, ponerle en evidencia lo que no le era evidente, invitarlo a sumergirse en las profundidades de la naturaleza humana, a conocerse más a sí mismo y a los otros. En ese proceso el creador, el actor, se van recorriendo ellos mismos. Sin duda el ejercicio actoral tiene una necesaria etapa de introspección, y el movimiento y los gestos tienen un valor en sí mismo en tanto son capaces de reflejar emociones básicas de los seres humanos. Sin embargo deben conectarse en algún punto a un tramado de acciones para dar cuenta de una historia; historia que puede estar llena de simbologías y metarrelatos, pero historia al fin y al cabo.



Nivia Palma

Coordinadora del Fondo de Desarrollo para la Cultura y las Artes del Ministerio de Educación.